

## HIDALGO Y MAXIMILIANO

Las dos fuentes clásicas de la historia de la guerra de independencia de México, en las que se han informado cuantos autores han escrito sobre ese interesante tema, son: el *Cuadro Histórico*, debido a la pluma del licenciado Carlos María de Bustamante; y la *Historia de México*, pergeñada por don Lucas Alamán, padre del conservatismo mexicano.

La primera de esas obras fue publicada por su autor, en el lapso de 1821 a 1832, o sea en una época muy cercana a los acontecimientos bélicos y políticos tratados en la misma obra y los cuales en buena parte pudo presenciar el licenciado Bustamante, por haber militado en las filas del genial Morelos.

Don Lucas Alamán escribió y publicó su *Historia de México*, en el lapso transcurrido de 1849 a 1852, o sea en una época no tan alejada de los acontecimientos de la guerra de independencia, los cuales Alamán no presenció, pero sí conoció por haber consultado diversas fuentes informativas, entre ellas el valioso *Cuadro Histórico* de Bustamante.

Don Carlos María de Bustamante, mestizo oaxaqueño, inteligente, sincero y fogoso partidario de la independencia nacional, movido por patrióticas convicciones, militó, como

antes se dijo, en las filas de la insurgencia. habiendo sido diputado al Congreso Constituyente de Chilpancingo, y por tanto, uno de los autores de la *Constitución de Apatzingán de 1814*, documento que significa un magno esfuerzo de organización política inspirado por el genio de Morelos.

Don Lucas Alamán, sujeto talentoso y culto, muy amigo de la tradición y partidario fervoroso de la Monarquía Española, hijo de don Juan Vicente Alamán, español, y de doña María Escalada, criolla, descendiente de los Marqueses de San Clemente, se singularizó como defensor de la colonización hispana y como adversario del movimiento emancipador acaudillado por Hidalgo.

El sabio investigador don Joaquín García Icazbalceta, opina, que don Carlos María de Bustamante, con su *Cuadro Histórico*, representa en los ámbitos de la Historia, al partido insurgente; y don Lucas Alamán, al partido realista.

El ilustre presbítero don Agustín Rivera Sanromán, en su obra *Principios Críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia*, dice que una de las reglas que asienta Balmes para juzgar una historia es, antes de leer ésta, leer la vida del historiador.

Nos adherimos a esa sabia regla y en consecuencia recordaremos los datos esenciales de la vida de Alamán, para que, habida cuenta de ellos, comprendamos por qué motivos ese autor formula juicios ayunos de imparcialidad sobre la independencia y sus caudillos.

Alamán nació en la ciudad de Guanajuato, el 18 de octubre de 1792. Fueron sus padres, como ya se tiene dicho, Juan Vicente Alamán y doña María Ignacia Escalada, acaudalados vecinos de Guanajuato, que por su destacada posición económica y social, mantenían relaciones amistosas con el elemento español de la localidad. Cuando Hidalgo entró con sus huestes en Guanajuato, los insurgentes no trataron muy bien a Alamán, que ya para entonces tenía 18 años de edad, pues el mismo escritor dice que una porción de indios echó mano

de él en el descanso de la escalera de su casa y lo sacaba por el entresuelo que comunica con él, cuando los criados y algunos de la plebe de Guanajuato que le conocían, los hicieron que lo dejaran en libertad. El 21 de enero de 1814, salió de Veracruz rumbo a España, en donde permaneció varios años en íntimo y cordial contacto con la nobleza española, hasta 1820, en que regresó a México, siendo entonces cuando ingresó en calidad de empleado a una de las secretarías del Virreinato, disfrutando de las más amplias consideraciones del virrey Apodaca y demás funcionarios españoles. En noviembre de 1820, esa situación de acercamiento al gobierno virreinal le valió ser nombrado diputado a las Cortes Españolas, en donde sostuvo, por cierto, infructuosamente, el proyecto del conde de Aranda, que en lo esencial consistía en formar al amparo y protección de España, un reino en México, otro en Perú y un imperio en las demás colonias sudamericanas, conservando tan sólo Cuba y Puerto Rico, en la inteligencia de que a estas nuevas nacionalidades se las impondría un tributo y se colocaría en sus respectivos tronos a príncipes de la familia real de España. En marzo de 1823, Alamán regresó a México, siendo nombrado Secretario de Relaciones Exteriores en el gabinete del presidente Victoria, puesto que aceptó y desempeñó no obstante que a este modesto y antiguo insurgente lo menospreciaba profundamente, como menospreció a Hidalgo, Morelos, Allende y Guerrero. Posteriormente, en 1830, Alamán, perteneció al gabinete del presidente Bustamante, antiguo soldado realista que derrocó a don Vicente Guerrero, quien víctima de nefanda traición, fue aprehendido y fusilado en Cuilapa el 14 de febrero de 1831. La opinión pública atribuyó a Bustamante y a su gabinete, la responsabilidad moral del asesinato cometido en la persona del insigne patricio suriano.

Con esos antecedentes, no podía esperarse de Alamán que produjera una historia imparcial de los sucesos de la guerra de independencia y aquilatara justicieramente la conducta de los caudillos de aquel movimiento popular, sobre todo si se piensa

que el referido escritor era, como lo patentizan sus producciones, hombre de grandes pasiones políticas y de un desmedido orgullo fincado en su brillante talento y sólida cultura.

Los acontecimientos, en lo general, Alamán procura narrarlos con apego a la realidad, pero en el juicio que formula respecto de los mismos y de quién o de quiénes los produjeron, prevalece su criterio de realista furibundo y su espíritu anti-mexicano, exteriorizado en la escasa o ninguna simpatía que sintió por los indios y mestizos, esencias de la nacionalidad mexicana.

Por ello resulta inconcebible que escritores que se dicen mexicanos, a estas alturas del tiempo, pergeñen conceptos como los siguientes que hace poco tiempo leímos en un importante diario metropolitano: “...No es que no se conmemore la Independencia, sino que, por un sectarismo ciego, obtuso y casi inverosímil, prolongación de las traiciones que produjeron aquellas pérdidas (se refiere el articulista a la separación de Centroamérica y a la segregación de Texas) y los demás capítulos negros de nuestra Historia, se conmemora absurdamente: se exalta la fecha de una iniciación precipitada y sin pies ni cabeza que no fue a ninguna parte, ni podía ir, y casi se olvida, con olvido deliberado y expresamente hostil la de la consumación madura, ordenada y gloriosa. Es como si una familia celebrara su aniversario, no en la fecha del feliz matrimonio que le dio origen, sino en la de la iniciación de relaciones de los cónyuges. Aunque por la violencia y el desorden no se le puede comparar con un noviazgo, el alzamiento de 1810 fue efímero y frustráneo”.

La vida de Alamán no se prolongó más allá de 1852, pero si se hubiera prolongado hasta la época del llamado segundo imperio mexicano, el inteligente escritor hispanista habría contemplado con estupor y enojo, en unión de sus parciales, que el archiduque Fernando Maximiliano de Austria, traído a nuestra patria por el partido conservador, el 16 de septiembre de 1864, celebró la fiesta de la independencia en el mismo

pueblo de Dolores, cuna del movimiento libertario, pronunciando desde una de las ventanas de la casa de Hidalgo, un discurso (escuchado con respetuosa devoción por la multitud ahí congregada), en el que rindió férvido homenaje a nuestros primeros héroes de la independencia, diciendo entre otros conceptos, el siguiente: “El germen que Hidalgo sembró en este lugar, debe ahora desarrollarse victoriosamente y asociando la independencia con la unión, el porvenir es nuestro”.

Y mayor hubiera sido su estupor y enojo si hubiere podido contemplar en la pequeña y céntrica plazoleta de Guardiolá, la estatua en mármol de don José María Morelos y Pavón, mandada erigir por acuerdo del propio Maximiliano, como un homenaje a la grandeza del héroe epónimo. Esta estatua fue develada por el archiduque Maximiliano en suntuosa ceremonia celebrada el 30 de septiembre de 1865, y actualmente se encuentra instalada en la Avenida del Trabajo (Colonia Morelos), de esta capital.

El archiduque Maximiliano, antes de aceptar el trono de México, quiso conocer y conoció la historia del pueblo que pretendía gobernar y para ello procuró los libros necesarios, varios de los cuales le fueron proporcionados por los imperialistas conservadores don José María Gutiérrez de Estrada y don José María Hidalgo. Entre esos libros se hallaba la *Historia de México* por don Lucas Alamán, editada en esta capital, el año de 1849, y conservada actualmente con los demás libros que pertenecieron a Maximiliano, en la biblioteca familiar de los Habsburgos, guardada en Viena, Austria.

El archiduque Maximiliano, hombre de positiva y clara inteligencia y libre de prejuicios en cuanto a nuestros antecedentes históricos, comprendió que el movimiento rebelde encabezado por Hidalgo había encarnado las aspiraciones de las clases populares explotadas y por ello estimó que el 16 de septiembre de 1810, debía conmemorarse con extraordinario entusiasmo, girando, como giró, a las autoridades imperiales en consecución de ese noble fin, una circular en la que

se prevenía que fueran invitados “los antiguos patriotas de la época de... 1810, que existiesen tanto en la Corte como en los Departamentos, para que en dicho día (16 de septiembre), se encontrasen en la capital y fueran páginas vivas de la independencia”.

Desprovisto Maximiliano de Habsburgo de la insana pasión política que dominó a Alamán y a sus partidarios y corifeos, hizo justicia a Hidalgo y a los demás próceres de 1810, reconociendo que la rebeldía encendida por Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo, y avivada por Morelos, Matamoros, los Galeana, los Bravo, los Rayón, Guerrero y Victoria y tantos héroes más, tuvo influencia innegable en la conquista de nuestra independencia del trono español.

